

III Certamen Literario Periplo

Festival Internacional de Literatura de Viajes y
Aventuras de Puerto de la Cruz 2025



III Certamen Literario Periplo

Edita

Área de Cultura del Ayuntamiento de Puerto de la Cruz

Primera edición

diciembre, 2025

© de los textos de cada autor/a

Correctora editorial

Olga Mesa Jorge (Culturalias)

Ilustración de portada

Mínima Cía.

Diseño de la edición

Javier Figueroa

Depósito Legal

TF-771-2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de su autora o autor, salvo excepción prevista por la Ley.

III Certamen Literario Periplo
Festival Internacional de Literatura de Viajes
y Aventuras de Puerto de la Cruz, 2025

ÍNDICE

Prólogo	9
Relatos finalistas	
ALLÍ DETRÁS	15
CUANDO REGRESÓ, LOS SEGUIDORES	
YA NO ESTABAN	17
SÚBITO REGRESO	19
Relatos presentados	
ALMA, REGRESO AL SER	23
ATP	25
BURKINA	27
CAMINO	29
CON LA MALETA LLENA	31
CRISTALERA	33
DECISIÓN O DESTINO	35
DESASOSIEGO	37
DIVISIBLE	39
DOS DE COPAS	41
ECOS DE VIAJE	43
EL AEROPUERTO	45
EL MAR HACE SOMBRAS	47
EL REGRESO A UN MUNDO VIEJO TRAS	
UN VIAJE OLVIDADO	49
EL VIAJE DE LO COTIDIANO	51
FALSEDAD PIADOSA	53
GRITÓ GUAYOTA	55
HASTA MÁS VER	57
IGUALITO	59
LA CERO CINCUENTA	61

LA MAGUA	63
LA MÁQUINA DEL TIEMPO	65
LA MUJER DE LA MONTAÑA	67
LA VIDA Y TODO LO DEMÁS	69
LA VUELTA	71
LOS PILARES DEL DESIERTO	73
MADRID TIENE UN COLOR ESPECIAL	75
MAGIA	77
MI PADRE	79
MIGRAR	81
MIS VIAJES	83
NINGÚN LUGAR SE SIENTE HOGAR	85
NO ES VERDAD	87
OBLIGADOS POR EL DESTINO	89
PARA SIEMPRE	91
REGRESO	93
REGRESO DE UN MUNDO OSCURO	95
REGRESO INEXPLICABLE	97
RETORNO A MÍ	99
UNA TIERRA A LA QUE VOLVER	101
VERICUETOS	103
VIAJE INTERIOR	105
VIAJE SIN EQUIPAJE	107
VOLVER. EL SINHOGARISMO EN CASA	109
Y ESPERABA	111

Prólogo

EL REGRESO

Al comenzar a escribir unas líneas que acercaran al lector al tema que este año inspira a Periplo, el Festival Internacional de Literatura de Viajes y Aventura de Puerto de la Cruz, de pronto las ideas se volvieron líquidas, comenzaron a desbordarse y a tomar forma propia.

La temática seleccionada, El Regreso, llevó a recorrer, durante días, pensamientos y recuerdos de viajes en los que aparecieron sorpresas y situaciones inesperadas, de esas que solo se entienden del todo cuando se vuelve a casa y se repasan con calma. También evocó aquellos momentos en los que el camino se hacía cuesta arriba y parecía que uno sobraba en un espacio, anhelando únicamente regresar a la seguridad conocida de las rutinas alimentadas por años.

Pero ese devenir de recuerdos se fue ramificando a medida que se ampliaba el horizonte. Poco a poco, esas memorias personales se abrieron hacia otras realidades, cercanas y lejanas, que invitan a reflexionar y a colocarse en la piel de quienes esperan el regreso de alguien o de algo.

Cuando el regreso significa volver —volver de un viaje o de una experiencia hacia un lugar seguro y conocido: el hogar, la familia, los amigos— suele vivirse como una experiencia tranquila y reconfortante. Pero cuando es uno quien espera ese regreso, la vivencia se transforma y aparecen la incertidumbre, la angustia, el miedo e incluso el dolor. Y surge, además, la impotencia de sentir que nada está bajo control.

En ese momento, los pensamientos resbalan ansiosos y se filtran entre las sombras del presente, entre las barbaries y las injusticias que rodean la vida actual, buscando una salida, una vía de escape, un despertar de los malos sueños a los que se asiste, sin encontrar salida y sin vislumbrar el regreso a la cordura.

Y así, como tantas aves migratorias que vuelven cada año a sus lugares de cría y alimento, Periplo también regresa. Lo hace para reunir voces que comparten sus ideas, sueños y experiencias y para abrir un espacio de reflexión que aporte luz, esperanza y solidaridad a todas aquellas personas que ya no pueden regresar a ninguna parte.

COMANDO PERIPLO 2025

Relatos finalistas

ALLÍ DETRÁS

María Castañeda Rudersdorf

Volver es un verbo que está a un solo paso de revolver y a un paso y una tilde de revólver. Así siento yo los regresos, como un disparo que se abre paso en la serenidad y revuelve los sentimientos que salpicaron el pasado.

Hoy, he vuelto a mis piedras y mis charcos. Míos, mi propiedad. Los adquirí con el tributo de raspones en las rodillas y picos de erizo en la planta de los pies. Me convertí, por autodeterminación, en propietaria de un bajío con apenas ocho años.

Esta tarde decidí reclamar mi territorio, mi reino. Al hundir los pies en el charco de la Princesa, sonaron en mis oídos risas de niños desdentados. En un instante, mi mente se llenó de vasos de plástico cerveceros con crías de cabosos distraídos. A mi pecho regresó esa sensación plena de libertad infantil.

Volví a ser la niña de la coleta tensa y el bañador florido que cruzaba los charcos descalza y confiada. La que pasaba horas y horas entre rocas sin más supervisión que la mirada de toda una playa que sabía «de quién eras». Margullé en el Laguito y a tientas me reencontré con ese socavón que esperaba oculto para servirme de escalón. Al oído volvieron las voces de las

señoras que cantaban bingo mientras Lali pulpeaba en la punta.

Cuando mi hijo me pidió dejar la comodidad de la toalla y darnos un baño «allí detrás», no imaginó que me había regalado un billete para un viaje al pasado. Creo que tampoco sabe que reclamé en silencio mi bajío y que un día, con suerte, él lo sentirá suyo.

CUANDO REGRESÓ, LOS SEGUIDORES YA NO ESTABAN

Rubén Sánchez Janssen

Había erigido una vida a base de conquistas. Cada pared escalada, cada rápido descendido y cada *crevasse* sorteado conjuraban espónsos y audiencia por igual. Durante años vivió como si la autenticidad y el éxito emanaran solo del riesgo, con la convicción de que entre simas y cimas hallaría esa revelación que, sin embargo, se le negaba. Cada triunfo resultaba luego inevitable, posproducido, artificial.

Una primavera simplemente se desvaneció. Por delante, una larga y tortuosa senda entre valles solitarios y cumbres barridas por el viento. Sin asistencia, sin actualizaciones, sin cobertura. La primera semana libró una batalla contra los automatismos digitales, pero gradualmente el ruido se disipó. Los amaneceres y atardeceres se sucedían y su atención se trasladó de su dolorido cuerpo a lo que le rodeaba. No lo grandioso del paisaje, sino los detalles mundanos que hasta entonces había pasado enteramente por alto. Una silueta escurridiza sobre la roca. Las infinitas formas del agua en su serpenteo hacia el mar. En algún lugar del camino su mente dejó de narrar y el movimiento se con-

virtió en un reflejo tan involuntario como su propia respiración.

Cuando, en los albores del invierno, a lo salvaje le sucedió la civilización, se dio de bruces con un mundo que parecía haberse detenido: las mismas noticias y conflictos, las nimias urgencias cotidianas. Con esfuerzo, y tras muchas dudas, encendió el teléfono. Los seguidores habían seguido de largo. El caudal de mensajes se había detenido. Un breve escalofrío recorrió su espalda y, después, nada. Publicó una última imagen — un tímido amanecer en un páramo desolado— y eliminó la aplicación. No con enfado o tristeza, sino como un acto de clausura. En el vacío dejado por las notificaciones comenzaba a germinar la semilla de algo nuevo.

SÚBITO REGRESO

Miguel García Hernández

Durante toda la mañana el teléfono no ha parado de sonar. Llevas más de una hora de retraso y se acumulan las quejas y visitas fuera de hora. Desde hace un rato parece que lleves puesto un casco que, por varias tallas, te queda pequeño. Además, notas nuevamente esa presión en un remoto punto entre el pecho y la espalda. Alguien, o algo, te debe de estar pisando justo ahí con una pesada bota militar.

Vas al baño, a unos escasos metros de tu despacho, donde aún se puede oír el ruido. Tomas un poco de agua del chorro. El trago, tibio y espumoso, contiene cierto sabor metálico que, con el paso de los segundos, se va disipando. En su lugar aparece un nuevo sabor nítido y puro. El agua se vuelve muy fría, tan fría que te duelen los dientes. Ese sabor ya lo habías probado antes.

Alzas la vista y contemplas al fondo colinas verdes y marrones, surcadas por ríos y lagos de distintos tonos azules. En ellas saltan los divertidos guanacos y atisbas al fondo algún detalle pardo o amarillo que identifica al mítico puma. Te sorprende cómo, después de unos pocos días, has sido capaz de diferenciar la nieve, con su blanco nuclear, de los glaciares que coronan las ci-

mas de las montañas, con esos tonos azulados que distinguen las capas de hielo milenario. Al fondo, tres torres de mármol completan el paisaje.

De pronto, un seísmo en tu muñeca te devuelve de la ensoñación: *Enhorabuena. Esa tienda a la que diste tu correo para evitar pagar el parking está de rebajas.*

Es la señal. Vuelve al trabajo.

Relatos presentados

ALMA, REGRESO AL SER

Alicia González Hernández

Un día cualquiera, cinco años atrás, inicié de manera abrupta mi viaje de regreso, sin conocer siquiera que «alguien» había comprado el billete para emprender mi vuelta.

En tan solo un instante, me trasladé a miles de kilómetros de aquel lugar que algún día creí mi casa y al que Ella sabía que ya no pertenecía. ¿Cómo pudo pasar? Un frío seco y cruel me atravesó, me paralizó, se clavó en mi pecho. No lo entendía.

Rápidamente, busqué un refugio cercano. Mi estancia en él resultó fugaz, me sostuvo en aquel instante, pero debía iniciar este viaje. Y así, comencé la travesía navegando sin rumbo, a la deriva, destrozada y, a la vez, aliviada. Estaba sola y, sin embargo, acompañada.

Sin esperarlo, atisé un primer puerto. Allí salieron a mi rescate y me proporcionaron cobijo temporalmente, pero la herida de mi pecho no sanaba. Marché nuevamente y caí en las profundidades del océano. Navegué perdida de isla en isla buscando un sosiego que no hallaba.

Durante un período, como quien encuentra un oasis en el desierto, disfruté de una estancia efímera y profunda en otro emplazamiento. A mi paso encontré y conecté con seres de luz que alumbrarían parte del

viaje. Los senderos que transité eran sombríos, escarpados, tenues y sinuosos.

Más adelante, cambié nuevamente de ubicación. Mis maletas, aún cargadas, pesaban demasiado. En esta ocasión, el destino que me aguardaba era una tierra llana, amable y amplia. Me permito disfrutar del espacio mientras descargo equipaje.

Por fin, comienzo a vislumbrar mi horizonte. Diseño mi itinerario de regreso a ti. Sé que me esperas, sé dónde hallarte, estoy llegando, te siento, me dirijo hacia tu encuentro, para que volvamos a SER una, para habitarte.

ATP

Javier Garrido Molina

Me despierto, como cada mañana, con esa sensación conocida de desconocimiento. La rutina de perderme se ha vuelto, irónicamente, lo único predecible. El dormitorio es un enigma y sus objetos meros volúmenes sin ubicación. Mi hogar, este apartamento que, según los papeles, es mío, se transforma cada amanecer en un laberinto diferente sin migas de pan por el que avanzar. Mi cabeza es una brújula rota. Lo llaman amnesia topográfica pura.

Sin embargo, mis sentidos recuerdan y mi cuerpo conserva una memoria muscular más profunda que la cortical. El tacto frío del suelo, la alfombra desgastada junto a la cama, el ligero desnivel hacia el pasillo. Cada paso es una hipótesis, una deducción basada en sensaciones fugaces. La puerta del baño, al final del pasillo, se me revela cuando el sonido sordo de mis nudillos golpeando la pared se vuelve sonoro. Abro el grifo, lavo mi cara con jabón y me cepillo los dientes, rituales que mis manos ejecutan robóticamente.

La cocina es el siguiente desafío, un campo de minas de cajones y armarios. ¿Dónde estará la cafetera hoy? ¿Y el pan? Mis ojos escanean, buscan patrones, pero solo encuentran una sucesión de superficies y objetos sin conexión lógica. Es como si un duende travieso reorganizara todo cada noche. Pero no hay duendes,

solo yo, un hombre perdido en su propia casa, construyendo un universo efímero con cada movimiento. Al final, el café humea y el pan tostado espera.

Continúo mi viaje, cada persona es un mundo y me queda todo por recorrer.

BURKINA

María Teresa Pérez Gómez

Cuando mi amiga Luisi regresó de África, aún traía restos de polvo rojizo en su cara y una mirada misteriosa que prometía contar historias. Había pasado semanas en Burkina Faso, en Tiébélé, el poblado de los kassena. Las murallas que rodeaban a la comunidad y las entradas rocambolescas en las viviendas ofrecían seguridad al visitante.

Durante los días que Luisi estuvo en la aldea, pudo presenciar cómo edificaban una casa para el joven Apolino, que pronto se casaría con una joven del lugar: «Esa vez, la casa debía ser rectangular, como correspondía a un matrimonio recién casado. Los hombres de la comunidad excavaban la tierra y las mujeres cantaban y penetraban los pies descalzos en el lodo, una y otra vez, de forma rítmica. Apolino, animado por ese ritmo, amasaba el barro con paja e iba dando forma a su nuevo hogar. Allí aprendí cómo las mujeres, cada mes de mayo, pintan y decoran las paredes de sus casas con motivos geométricos dibujados a mano; nada es al azar, cada gráfico guarda una historia: la de una alianza, una familia, una oración y la de cómo la tierra, cuando se seca bajo el sol, también guarda la memoria».

Sus pies se negaban a caminar desnudos por el aeropuerto de Madrid. Regresó a su Tenerife natal con el

corazón dividido. Necesitaba pisar arena, sentir los pies sobre la tierra y guardar silencio sobre una hama-ca con un pareo de color rojo ocre, que, según la leyenda de los kassena, era el color del poder.

CAMINO

Casandra Hernández Yanes

El viaje es hacia adentro y, así, adentro me dirigía, aunque sentada en una guagua que olía a rancio. Con miedo. Cuando llegué a la estación de El Paso, con una guagua más por coger antes de llegar al siguiente punto del camino, ya mi corazón estaba encogido; me recordaba a las historias que me contaba mi abuela de aquellos tantos antes de mí que habían ido agazapados en guaguas huyendo por su libertad.

Pero cuando la chica del mostrador me dijo, en un americano no apto para novatos, que mi guagua no saldría hasta la mañana siguiente, el estómago se me cerró. Las lágrimas llegaban a mis ojos sin terminar de brotar. No podía pasar allí una noche entera. Había dormido en el suelo de la estación de Los Ángeles, pero no podía pasar la noche sola en El Paso. Juro que sé inglés, pero solo podía balbucear: «Quiero seguir mi viaje, quiero continuar mi camino, no esperaré».

Debió de ser suficiente, porque me colaron en la siguiente, que no iba exactamente a donde yo iba, pero me enlazaría con una parecida. La guagua estaba completamente llena. Yo pude ir en ventanilla. Respiraba con dificultad. El olor era a sudor, a miedo, al polvo del camino. A medida que la guagua se movía, me venía un regusto a amarga esperanza.

Todo era negro fuera, solo las luces amontonadas de Ciudad Juárez alumbraban el horizonte sombrío. Sin esperarlo, con esas luces que evocaban peligro, la guagua paró en seco. La guardia fronteriza subió con sus fusiles. Y allí estaba yo, haciendo el mismo camino que mis ancestros, con el mismo miedo en el corazón, a menos de un día de camino y con el pasaporte sudado entre mis dedos. San Antonio sería el destino, pero jamás olvidaré lo recorrido.

CON LA MALETA LLENA

Sara Nanpéh Hernández Pérez

Con la maleta llena de emociones, introdujo la llave en la cerradura de su casa.

Giró una sola vez. Detuvo el movimiento.

Llevó la llave de nuevo a su lugar. La sacó del bombín.

Cerró los ojos y respiró profundamente.

Un flash a su mente. De nuevo, en la Patagonia, ante el silencio de la inmensidad.

Otro destello, junto al fuego, entre risas y anécdotas.

De nuevo, otro instante, ante la sonrisa amable de la recién conocida, ojos cariñosos y pícaros, mientras se acercaban en barco al glaciar Perito Moreno.

Respiró profundo, recordando el aroma de la estepa. El frío en los pulmones, lo árido de la humedad helada.

Mantuvo el tiempo en el recuerdo, una pausa corta y larga de momentos vividos, de un reencuentro consigo mismo. Soltó el aire y volvió a abrir los ojos.

Sonrió como esos que inician una nueva aventura tras el agotamiento alegre de la anterior.

Ahora sí, era el momento del regreso, de volver a casa.

Metió la llave y abrió la puerta.

CRISTALERA

Tulio Peraza

Contemplaba el amplio mundo desde la cristalera, una cristalera que deformaba en el límite sus contornos. Contemplaba el amplio mundo como un atlas furtivo, con sus costas, valles y montañas, perdido en alguna parte de mi memoria. Debía recorrerlo sin más dilación. El mundo era un gran mapamundi y el tiempo breve, brevísimo, porque el tiempo siempre está huyendo de nosotros. No había tiempo que perder, emprender el viaje a toda prisa y regresar antes de que los últimos rayos dorados de la tarde dieran paso al oscuro manto de la noche.

Recorría hasta las caricias de la fatiga los contornos de la vasta cristalera, hasta sus bordes deformados... Fuera, el mundo continuaba con sus menesteres, sin mis agobios ni pensamientos. Hay mundos interiores plácidos y reconfortantes, también herméticos y asfixiantes. Tenía que salir de allí. Mientras tanto, reflexionaba. El próximo viaje debía estar cerca, o eso deseaba. No importaba cuánto transitara en cada viaje — que, como cada día, emprendía hasta los confines de mi atlas furtivo— aquel que en mi cabeza había recorrido miles de veces, planeando siempre el retorno, un retorno pautado. Y, tras el largo y fatigoso viaje, tenía forzosamente que regresar a mi tarro de fruta, ese que dejaban los niños en el jardín al final de su jornada.

Cada día planeaba empujar las fronteras de mi atlas un poco más allá, pero, eso sí, regresar a tiempo, siempre a tiempo. Ahora esta vidriera se interponía entre mí y mi deseo de emprender la jornada más allá de los límites deformados del cristal. Intentaba en vano recorrer la vastedad de la vidriera, hermética, asfixiante... atrapado entre este mundo de cristal y el mundo que me esperaba. Paciencia, me decía, paciencia. Y aquí estaba yo, como otra mosca atrapada detrás del cristal.

DECISIÓN O DESTINO

Teresita Luisa Ríos Torres

El tren era incómodo y ruidoso. Los paisajes se sucedían con rapidez. Veía pasar casas, carreteras... Me era difícil observar las vacas o las ovejas en los efímeros campos. Qué distinto a las travesías en barco por mis islas que, serenas a veces, me permitían ver, entre salto y salto, una tonina, un pez volador... Disfrutaba solo a medias del largo trayecto Madrid-Córdoba. Viajaba de incógnito, como un delincuente. Me identifiqué con un intrépido bandolero de Sierra Morena. Pasábamos por Despeñaperros: ya estaba en Andalucía.

Mis padres me creían en Madrid estudiando la carrera de Biología. Celebraron que me mudara a una residencia de estudiantes más económica que la que nos recomendó mi tío, pero oculté un *pequeño detalle*: estaba en la ciudad de la Mezquita. Ignoraban también que había cambiado de carrera.

Las cinco horas que duró el viaje estuve preparando el momento de mi confesión. No podía seguir engañando a mis padres. Eran ellos quienes costeaban mis estudios, pagaban mi alojamiento y además me enviaban una pequeña asignación para mis gastos. Por tan prosaicas razones debía decirles la verdad antes de que llegara noviembre o corría el riesgo de perder los derechos de hijo ejemplar. Declararía que mi debut universitario había resultado un fracaso revelador: mi curio-

sidad por los seres vivos se reducía a un inmenso interés por los animales; necesitaba estar con ellos, conocerlos y cuidarlos. Mi futuro —estaba convencido— pasaba por estudiar veterinaria.

Pensaba si era el destino o mi determinación lo que había hecho cambiar el rumbo de mi vida: ¿Estaría escrito que sería un reconocido veterinario? ¿Me equivocaba?

*

Con Veterinarios sin Fronteras, ahora recorro el mundo trabajando en comunidades rurales de algunos países en desarrollo. Pero acostumbro a regresar al lugar donde me llevó aquel tren, en un decisivo viaje.

DESASOSIEGO

Concepción Catalán

Paseo dejando atrás el bullicio, en busca del silencio de las alturas y la ciudadela, por un camino rodeado de arbustos verdes. Encuentro miradores con muretes, de evidente utilidad militar, y buganvillas desentonando con la función de aplastar al enemigo. Hay un mirlo en un murete.

Espero desarmarme del dolor y desinquietarme ante mi soledad autoimpuesta tras siete años en pareja. Esta escapada me desquita de los viajes que no quiso hacer conmigo.

Roma era uno: la ciudad de luz brillante, tráfico caótico y temibles catacumbas. Sigo subiendo. Precisamente quiero visitar mazmorras para desmoralizarme temporalmente regresando a épocas oscuras.

Intuyo que la mujer de pelo lacio moreno frente a la reja es la guía. No escucho su explicación. Solo la sigo junto al pequeño grupo. Pronto bajamos por angostos peldaños que daban a siniestras galerías.

Pienso: Riutsa era como un gato, también de pelo lacio negro e inquietantes ojos azules. Llegó buscando una habitación. Aparecía entre mis cosas; cogía mi móvil. Me miraba fijamente en silencio. Consiguió conocer mis movimientos y pensamientos. Estudiaba mis temores para infiltrarse en ellos. Dejé mi casa y a mi gente. Aun ahora me persigue y me despierto gri-

tando cuando aparece en mis pesadillas. Nadie se libra del mal, ni siquiera en sueños.

La imponente sombra de la ciudadela se proyecta sobre mí. Elijo bajar, regresar a la luz, dejar atrás la locura de desnudarme, despertarme y desconcertarme diariamente en la oscuridad de Riutsa. Renuncio a desvivirme y desvelarme. Cantan los mirlos. Contemplo las luces tenues de los restaurantes.

Olvidar, olvidar, olvidar es mi último recurso; encontrar un rincón para cenar pan, queso y vino tinto. Elijo volver y seguir, no en la locura, sino al borde del caos, como todas las sociedades que resisten y están preparadas para afrontar un futuro incierto.

DIVISIBLE

Cristina González Plana

Llevo el nombre de Julio por mi abuelo materno. De joven recorrió el mundo a bordo de su velero Mistral: siete metros de eslora, casi cinco años y treinta y ocho mil millas marinas de soledad y salitre. Ese fue su primer viaje, le seguirían muchos más. «¡Vivo marchándome!», decía con una sonrisa blanca de barba, «por el placer de regresar».

Crecí con las historias que palpitaban en su memoria, deseando ser como él. Diferente. Así que me planté este verano en cubierta para recorrer el archipiélago y zarpé del Puerto de la Cruz con su viejo cuaderno de bitácora como única compañía.

La ruta transcurrió según lo previsto; resulté ser un buen aprendiz de lobo de mar. Una noche decidí fondear cerca de la última isla y acunarme en cubierta durante horas, con las luces celestiales de guardianas. Lo vi aparecer de la nada. En un rincón, mojado todavía, mirándome. Señaló su boca, sin sonido. Le acerqué mi botella de agua, bebió despacio, cerró los ojos y se desmayó. Era un adolescente, casi de mi edad, abandonado en mis brazos. Le sentía respirar pausado, agotado. Lo cubrí con una manta y dejé que descansara. Con el día nos entenderíamos mejor, pensé. Y así fue: compartí mi comida, mi ropa, mi tiempo, sin palabras. En nuestros ojos habitaba una hermandad, más allá del

lenguaje, que no desapareció con la llegada de la noche. Vigilé su sueño y me alegró su presencia distante y tranquila hasta que sentí mi propio cansancio. Me dejé dormir.

Desapareció en la oscuridad. Al alba encontré una pulsera en mi muñeca como recuerdo verdadero de una convivencia sin fronteras. Al arribar noté que todo había cambiado en mi interior.

«Las escamas de un mismo pez, eso somos», decía abuelo Julio, «... ¡y mira que hay mar!».

DOS DE COPAS

Olivia Spiteri

El Puerto es pequeño y todos saben de la puerta trasera de conchas, del tarot y la bruja que camina con zuecos de madera de barco. Su oficio queda a salvo por superstición y nadie sabe que hoy cumple años. La ven igual que cuando aquel velero la dejó en la playa llorando lágrimas de perlas. Cruza su umbral de lapas y descalza sus pies, de uñas largas, que a él le encantaban. Una alfombra la guía por un pasillo de hierbaluisa y orégano seco hacia la mesa de tapete escarlata y a su baraja de tarot. Fueron regalos de él antes de zarpar.

—No tengo nada que ofrecerte —le dijo—, salvo aventura y pobreza. Volveré en tu cumpleaños, pregúntaselo a las cartas.

Y partiría ese mismo día en busca de esmeraldas para ella. Jurándole su alma para siempre y besándole los cabellos, la desembarcó en la playa hace ya cuarenta y siete años.

Acarició las cartas, confiada por la fuerza de su amor. La bruja había hecho de la espera su vida, pero su recuerdo no había envejecido ni un instante. Por eso, a la hora exacta de su nacimiento, respiró hondo y cortó la baraja tres veces.

Mar y luna.

En el Puerto se hablaría por siempre de esa noche, del barco fantasma y del olor a sal, de los tesoros y la profundidad.

Luna y mar.

Nadie olvidaría los aullidos, el cuerpo desnudo de la bruja corriendo hacia el azul, hacia la sombra de un marinero, esperándola en proa.

ECOS DE VIAJE

Sebastian Miguel McLean Lorenzo

Lo mejor de viajar por el mundo es volver a casa. Después de más de una década como mochilero, por fin había conseguido reconciliarme con mi isla. Reconocía cada olor, cada grieta de la pared, cada plato de potaje.

Volví a caminar por las calles de mi barrio, mirando las ciudadelas como si nunca las hubiera visto, reconociendo los rostros que habían formado parte de mi infancia.

Visité Anaga y fue como oír hablar un idioma que casi había olvidado.

Almáciga me recibió con un mar enfurecido y un viento que cortaba la piel. Esto no era el Caribe. Solo arena negra, viento y este océano que te pone en tu sitio con cada zambullida.

Porque aquí el mar no acaricia, aquí el mar zarandea.

Y en ese zarandeo, me reconocí.

Retomé el contacto con mis amigos de siempre, pero no quise hablar de mis viajes. Me costaba encontrar las palabras adecuadas. Lo que para mí habían sido experiencias transformadoras, para otros podían sonar a cuento o a exageración. Me daba vergüenza parecer arrogante, y al mismo tiempo, me dolía no poder compartirlo.

Así que me limité a escuchar sus historias, sus am-
ríos, sus quejas de trabajo, sus sueños. Me alegraba ver
que seguían ahí, que nada esencial había cambiado.
Ellos habían mantenido el trato y conservaban intacta
la amistad y, además, la habían reforzado con el paso de
los años. Se sabían sus cumpleaños, rupturas, éxitos y
tropiezos. Pequeñas cosas que hacen grande una rela-
ción. Y sí, sentí nostalgia porque me había quedado
anclado en aquel último abrazo antes de partir, y aho-
ra, al volver, era un amigo conocido, una versión leja-
na del que fui.

Y todo esto, ¿había valido la pena?

Sí. Cada minuto. No me cabía duda.

EL AEROPUERTO

Amanda Cabezas Muñoz

—Disculpe, un billete de ida y vuelta. A Sevilla.

—¿Perdona? —Tras el mostrador, una mujer mayor vestida de mil colores alzaba las cejas.

—Sí —grité lentamente—, un billete de ida y vuelta a Sevilla, por favor.

—Lo siento, joven, aquí no hacemos magia. —Me desconcertó su risotada.

—¿Qué? —La rigidez de mi voz nos sorprendió a las dos.

Ella respondió con dulzura.

—Puedo darte un billete de ida a Sevilla y otro de ida a Kantalá.

Aquella compañía de trileros quería engañarme.

—¿Para qué día lo...?

—No, no. Quiero un billete de ida y vuelta, sale más barato —demandé orgullosa.

—Eso no es posible. No tenemos.

Mis pies indignados se movieron, pero una mano los detuvo.

—Querida —los pantalones bombachos exhibían toda la gama de verdes, azules y morados—, nadie tiene. Ojalá fuera posible. ¿Estás bien?

¿Por qué me trataba con esa dulzura? Vi en sus ojos el reflejo de mis lágrimas contenidas.

—Querida... ¿Alguna vez has vuelto?

—¡Claro que sí! —pensé— Aquella vez que regresé al pueblo y...

Una punzada me sacudió. Recordé las escaleras, demasiado bajas para ser las de antes. La vecina muerta y el árbol, ahora rodeado de naranjos.

Sacudí la memoria, buscando cobijo en otro momento en que, sin duda, regresé. Había pasado un año sin ver a mi amor. Bajé del avión, nos abrazamos durante una era. Los tres días juntos fueron deliciosos. El aire era conocido, aunque no el mismo. Recordé sus manos temporales, que un día fueron manos para siempre.

—¿Querida?

Me toqué la cara. El agua salada respondía por mí.

—Si lo piensas —aquel arcoíris moreno acarició mi frente—, los viajes de ida son más emocionantes.

Le sonreí, buscando el pasaporte. Respiré hondo, arrugué la nariz y apreté los ojos con fuerza.

—Dos viajes de ida, por favor.

EL MAR HACE SOMBRAS

Haridian González Afonso

Hoy he vuelto al barco que me vio crecer. Han pasado años y vuelvo a marearme ligeramente. El barco parece más pequeño; he vencido tantas cosas que el recuerdo que tenía de él me parece lejano, de otra vida.

Aún puedo ver la sombra de mi padre pescando, sentir su mano mientras tiemblo de frío, de miedo. Nunca lo hablamos más que con miradas; no era conversador.

Tenía unos cinco años la primera vez que subí y una gran conexión con mi padre, algo que demostrar a mi familia. Quizás era más fuerte de lo que creían, que no pesaban esos grandes zapatos. Recuerdo que pasábamos unos quince días en el mar y cómo, para mantenerme positivo y controlar el mareo, cerraba los ojos e imaginaba ese viejo baobab. Cómo la luz de la luna lo bañaba. Adoraba esas raíces, que no necesitaban aferrarse a la tierra para mantenerse cuerdas y con vida.

Desgraciadamente, hoy mi padre no está conmigo. Partí a buscar un mejor futuro y ni siquiera pude despedirme. Quisiera pedirle perdón por irme sin pedir permiso, abrazarle por última vez. Quisiera confesarle que echo de menos a mi amigo que pereció en mitad del trayecto.

Hoy lloro con mi madre. Ese niño de cinco años que le sonreía tímido ahora es un niño adulto que sufre porque nunca pudo ver cómo lo logré.

Ella tendrá una vida digna, papá, como le juraste. Nunca le faltarán remesas. Mis hermanos la cuidarán. Lloro porque me fui y lloro porque me volveré a marchar. Al menos, en el barco de la vida encontré a una gran mujer, que me dijo una frase: «Los amigos, son la familia que elegimos».

Me vuelvo a trabajar con esa familia, sin descuidar la que dejo atrás.

Maa ngi jegg ělu.

EL REGRESO A UN MUNDO VIEJO TRAS UN VIAJE OLVIDADO

Katia Sevillano Salazar

El último tren de carga ya había partido. Aila estaba ahí, plantada. Ni siquiera había medio de transporte para su regreso. En su caso, además, tampoco tenía a dónde regresar. Lo que no le quitó la guerra se lo quitó el regreso a un mundo que no le ofrecía igualdad.

Aila, como tantas otras mujeres, se alistó voluntariamente en las milicias populares a mediados del 36 para defender la República. Ser mujer y combatir; por primera vez podía vestir pantalones y luchar por su libertad. Tenía la oportunidad de formar parte de la revolución que cambiaría todo para las mujeres, no iba a desaprovecharla.

«El pueblo en armas, sin distinción de sexo. Era la revolución y nosotras formábamos parte» (testimonio de miliciana en Barcelona, 1936).

Combatió en las trincheras. Al igual que sus camaradas en armas, vivía bajo el riesgo constante de perder su vida y la de los suyos. Sufrió condiciones de vida inhumanas que nunca podría olvidar. A comienzos del 37, su razón para luchar —la ilusión por un mundo igualitario— terminó de romperse cuando vio cómo se ordenaba a las mujeres dejar el frente en pro de lo que ellos llamaron «un ejército serio». Ella fue una de

las últimas en dejar de combatir con nombre de mujer. Gracias a las cartas intercambiadas en secreto, sabía que su regreso supondría la persecución política, el fusilamiento, la prisión, la tortura o la humillación pública. Su única salida era esconderse y deshacerse de todo aquello que dejara evidencia de su participación en la guerra. Su única opción para sobrevivir era ocultar sus ideales e interpretar nuevamente el papel que le imponía la sociedad por ser mujer: un papel reñido con la heroica lucha por la igualdad.

EL VIAJE DE LO COTIDIANO

Paula Coronil Olmedo

La ola devolviendo el
latido. El avión que
atteriza a tiempo.
La prenda que ya no quieres
poseer. El otoño.
El vello que rasuraste.
El diafragma haciendo su
trabajo. La abscisión de las
hojas.
La migración de las golondrinas.

La aventura de la vida te sigue esperando.
Cada regreso es una nueva oportunidad para reencontrarse.
La antítesis de la nostalgia, mezclándose con la fuerza
del presente.

FALSEDAD PIADOSA

Cecilio Pérez Yanes

Evelio Morales emigró a Venezuela a finales de los años cuarenta. Con apenas catorce años, acompañó a un tío suyo que iba dispuesto a hacer fortuna. Ignorante de lo que le esperaba, abandonó su pueblo con lo puesto y poco más. El pariente, un avisado negociante, ocupó al joven en la crianza de cerdos, a los que debía alimentar, así como mantener limpio el establo. Con veinte años, comprobó que no tenía nada de su propiedad, pues el mísero sueldo que le daba su tío apenas cubría gastos. Decidido a hacer fortuna, abandonó la granja y se fue en busca de su propia suerte. Deambuló por calles de diferentes ciudades donde hacía trabajos esporádicos en almacenes, limpieza, jardinería... Con todos ellos ganaba un escaso sueldo que apenas le alcanzaba para pagar la pensión y alimentarse. La familia de su pueblo natal demandaba a Evelio que le contase cómo le iba, pues para ellos era la esperanza de salir de la pobreza.

Agobiado por el requerimiento familiar, comenzó a alardear en las cartas que enviaba a su casa de que tenía un próspero negocio. Se fotografiaba en el portal de tiendas de ultramarinos, así como junto a lujosos coches. A costa de pasar hambre y, en algunas ocasiones, dormir al raso, ahorraba algunos bolívares que enviaba

a su familia, advirtiéndoles de que pronto retornaría rico.

Cuando llevaba veintitrés años sin suerte, decidió regresar. Todo el pueblo había visto las fotografías del hombre próspero que Evelio les había hecho creer. Convencidos de que el «venezolano» venía forrado, la familia organizó una fiesta de bienvenida. Cuando se bajó del camión que lo trajo desde el puerto, preguntó a un vecino el motivo de la fiesta. *Es para celebrar el regreso de Evelio Morales desde Venezuela.* Avergonzado, dio media vuelta y nunca más volvió.

GRITÓ GUAYOTA

Araceli Velázquez Contrera

Cuando el avión se aproximaba, empezaba el atardecer. Echó de menos el imponente Teide. Todo era distinto, negruzco; no se distinguía el cráter. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, vio cómo el avión, abriéndose paso en la densa niebla, aterrizaba.

Fue consciente de los quince años de exilio autoimpuesto en los Países Bajos cuando pisó tierra. De allí adoraba los paseos en bici, el clima invernal casi todo el año, la gente y, sobre todo, su casa. Aunque siempre se despertaba con el alma encogida, extrañaba su isla. Se marchó llena de rabia por la situación de caos que se vivía en su tierra y regresó con una mezcla de miedo e ilusión.

Al llegar a la terminal, cogió la mascarilla que le entregó Protección Civil. Miró a su alrededor: no estaban los grandes anuncios del Teide, del Puerto de la Cruz o de paisajes del sur o norte de la isla, todos con frases hechas y atractivas para un turismo sin control. Cuando salió de allí, se quitó la mascarilla y respiró. Le sobrecogió el olor a azufre y huevos podridos. Todo había cambiado; el desastre había trastocado las prioridades.

Cogió el coche de alquiler y se fue hacia el norte con la intención de ver cómo afectó el volcán a los pueblos que, aún en alerta, sobrevivían al aire y a la ceniza. Las

negras laderas del Valle de La Orotava brillaban con la salida de la luna y le pareció que faltaba parte del paisaje que dejó. En lo más alto, aún se veían caminos rojizos; le llamó la atención una intensa luz, quizás un foco que vigilaba la zona. No todo había acabado.

Pensó: «solo nuestro Teide, en voz de la leyenda Guayota, es capaz de revelarse contra la masacre ecológica que padecía la isla».

HASTA MÁS VER

María Gloria Medone Spinetto

Evelyn besó la pelusilla en la cabeza de la niña y giró el rostro para ocultar sus lágrimas. La bebita, dormida en brazos de la abuela, se acurrucó de nuevo en ese nido de afecto y así se despidieron.

El viaje forzoso llevaría a esa madre a un futuro de trabajo en Tenerife. Su Venezuela natal, apenas el contorno de un mapa en su memoria, ocupaba una buena porción de su corazón agitado. Un tiempo quieto, como una nube sin viento, se posó en ese instante sobre la bebita y su abuela, abrazadas e inmóviles. La vida se detiene, hasta más ver.

Sulayman se había preparado desde la infancia para partir. No tenía raíces, o sí, pero había vivido suelto en la tierra caliente de su pueblo senegalés, sin más ataduras que su familia creciente. Para el mayor de seis hermanos que restaban por venir, su meta era su marcha. El destino poco importaba.

El peligroso viaje en patera era la parte fácil del trayecto. Días antes, la travesía nocturna hasta llegar a la playa suponía horas de hambre y riesgos, entregas de dinero, soledad y miedo. Ya junto al cayuco, nada estaba garantizado. Mucho menos, un salvavidas.

Su madre, siempre gestante, no esperaba el regreso. Ni noticias. Solo esperaba un milagro. La vida sigue, hasta más ver.

El naufragio ocurre a escasos metros de la costa canaria. Evelyn, con su chaleco de la Cruz Roja, se lanza al rescate de un pequeño, sin dudar. Pero Sulayman, en pánico, se hunde junto a la embarcación volteada. Ella, con el niño en brazos, solo puede acercarle un flotador. En un segundo, ambos se reconocen en la historia del otro. Se abrazan con la mirada y lloran, suspendidos en la esperanza que los empuja hacia la orilla.

IGUALITO

Aarón López Sánchez

Me fui tan convencido de no querer volver que mi mayor miedo, cuando las cosas empezaron a torcerse, era que los demás me hubieran creído más que yo a mí mismo y que ninguno se acordase de recordarme.

Temía volver y resultar indiferente, que nadie contase ya conmigo.

Que a nadie importase mi vuelta, que no valiese ni como chisme.

Ser nadie.

No ser.

Partir como fanfarrón y regresar como fantasma.

¡Cuánto nos condiciona el lugar donde nos toca crecer, incluso a los que nunca pretendimos encajar en él. ...!

Me costó convencerme, pero una vez que asumí que volver era inevitable, lo único que quise fue no hacerlo con la frente marchita.

Y eso que marchitar nunca me pareció mala opción —conocidas las alternativas—, pero justo me había ido buscando florecer y regresaba sin que la anhelada primavera me diese más que estornudos.

Fue un viaje terrible, sobrepensando en lo que pensarían al verme llegar arrastrando los desinflados sueños y la maltrecha alegría; y bajé preventivamente la

mirada, antes incluso de que el paisaje me resultase familiar.

Por mi gacha cabeza desfiló mucho pensamiento inoportuno a la medida de mi angustia; que si a pueblo pequeño, infierno espacioso, que si el infierno, decían, siempre son los otros...

La incertidumbre estaba resultando insufrible hasta que una inesperada frase me rescató de la pérdida y la búsqueda.

En un corrillo de doñas pude escuchar, al cruzarnos: «Ese *jodío* muchacho es igualito que su abuelo, *paz'escanse...*».

Manodesanto.

Nada mejor que escuchar la voz de la experiencia para centrarnos, nada nos define mejor que lo que nos enorgullece y nada como volver a un lugar que jamás cambió para comprender lo que de verdad somos.

LA CERO CINCUENTA

Jaime Gil Ortiz

Todos los días emprendo el mismo tremebundo viaje de vuelta, uno de esos que hasta a Amundsen o Strogoff les daría pavor. Es hora punta y me presento en la cola que hacemos el resto de grumetes y yo. Cuento en frente de mí todas las criaturas que comparten mi destino y parece que hoy tendré que ir de pie. Ya me temo lo peor. Veo cómo llega un corsario, al cual he visto el careto ya muchas veces (el condenado no es muy agradado, que quede entre nosotros). Con un acento caribeño, puede que boricua, y una falta poco reproachable de modales (todos sabemos que el código pirata no exige el extinto «perdona»), me pregunta que si esta es la cola para la cero cincuenta. Le digo que sí y se alarga la retahíla, que da la vuelta al puerto.

Pasada su hora (pero, ¡ey!, nada de quejarse al capitán), llega el buque que poco más y parece un naufragio. Procedo a realizar el reglamentario saludo (desenvainar mi bono desteñido con un daguerrotipo que me hace parecer un filibustero) y me enfilo hasta la mitad de la embarcación, que se apiña y agolpa. Siento el salitre jediondo al instante (el desodorante aún no se ha inventado) y los tripulantes cantan una saloma desentonada. Aguanto los mareos (la biodramina no es más que cuentos y brujería) y observo los estragos del escorbuto en las dentaduras y pellejos de un marinero

panzón (el ron le ha pasado factura) cuando el patrón mete un timonazo para esquivar a una recalcitrante señora que asoma ese dedito que, sin ser mucho, dice todo. Al final, resulta que he resistido y paseo la plancha. Entonces, palpo mi faldriquera, ¡me faltan las llaves! ¡Maldita mi desmemoria! Tendré que aguardar impaciente a mi vieja.

LA MAGUA

Gara Alom Rodríguez

Los años de bonanza le regalaron a Haridian y a su familia el privilegio de visitar lugares tan remotos como Filipinas, Mozambique o Mongolia. También otros más cercanos, aunque igualmente desconocidos como el Sáhara o Azores.

Adoraba empaparse de las tradiciones de aquellas tierras maravillosas donde los paisajes, los sabores y los aromas la embaucaban creando en ella la necesidad de seguir descubriendo rincones y cultura. Haridian amó viajar hasta que se enfrentó a su primer viaje sin visos de regreso.

La empresa a la que se había consagrado, donde también dejaron sus conocimientos su padre y sus abuelos, cerró sus puertas tras casi un siglo. Tuvo que enfrentar la difícil decisión de emigrar a una ciudad fría y desconocida donde le ofrecían un buen empleo o permanecer en el terruño y, con suerte, conseguir trabajo en la hostelería.

Pensó en sus hijos y en el futuro que siempre dio por hecho que les brindaría; y los cuatro hicieron las maletas. Una valija cargada de temores e incertidumbre que enfrentarían en familia. Era totalmente desconocedora de que entre su ropa, sus libros y sus fotografías, se colaba, arrebuja, la magua.

Descubrió a la polizona poco a poco, cuando, al limpiar los baños los domingos, con *La cantata del mencey loco* de fondo, lloraba en lugar de cantar; cuando los sábados degustaban puchero con escaldón, los cuatro a la mesa, y se les atragantaban los bocados; cuando subía a la última planta de la altísima torre en la que trabajaba y se desalaba, descubriendo solamente edificios hasta donde se perdía la vista, ni un atisbo de océano en el horizonte. Entonces, Haridian sentía que algo le apasionaba el pecho, dejaba de percibir el ambiente y le parecía escuchar las olas del mar. Ya solo sentía magua, magua, magua...

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

María Maymó Puig

Días atrás pillé a mi hija Alicia, de seis años, revolviendo el armario de la abuela y ayer la encontré saliendo de debajo de su cama. Cuando le pregunté qué andaba haciendo, me dijo que la abuela tenía una máquina del tiempo, pero que se hacía la loca; que cuando la cuestionaba, contestaba que no sabía de qué le hablaba.

—Seguro que está mintiendo —me aseguró convencida.

Le dije que cómo se le ocurría tal cosa, la abuela no mentía, además, cómo iba a manejar una máquina del tiempo si no sabía conducir. A lo que me respondió mirándome como si fuera tonta:

—Ni falta que le hace; las máquinas del tiempo son mágicas, solo hay que pulsar unos botones y te llevan al año que tú quieras.

A pesar de que hasta ese momento no había tenido éxito, estaba convencida de que la abuela la tenía escondida en alguna parte y no iba a rendirse hasta encontrarla. Me pidió ayuda. Iba a desentenderme, cuando intuí que lo intentaría de todas formas y aunque espiar a la abuela no me parecía correcto, me uní a la causa.

Y hoy, por primera vez, aunque no hemos visto la máquina, muy a mi pesar, tuve la certeza de que la

abuela se había subido a ella. Me ha llamado «mamá» sin ninguna duda; lo repitió un par de veces y añadió:

—¿Dónde está papá?

Fueron solo unos segundos en los que no supe qué responderle; casi podría creer que lo había soñado, pues enseguida se refirió de nuevo a mí por mi nombre, pero duró el tiempo suficiente para comprender que la máquina sigue ahí, que cada vez se subirá a ella más a menudo y, algún día, viajará tan lejos que no regresará.

LA MUJER DE LA MONTAÑA

Cristina Arvelo Gutiérrez

Descansaba sobre una roca, contemplando las montañas nevadas y el extenso valle que se extendía a mis pies, cubierto por un manto interminable de árboles, cuando la vi aparecer por el sendero.

Llevaba un abrigo largo hasta los tobillos y pensé que su ropa no era la más adecuada para caminar por la ladera. Parecía que había salido de casa a dar un paseo. Así, sin más, sin recordar que estaba en alta montaña.

Sus arrugas delataban una edad cercana a los ochenta y me asombró verla sola a esas horas, cuando el sol estaba a punto de rendirse tras las cumbres.

Al llegar a mi altura, se detuvo y me regaló una sonrisa. Su pelo, blanco y rizado, danzaba con gracia por la brisa. Me preguntó en inglés si me encontraba bien. Tal vez pensó que, al estar sentada, necesitaba ayuda. Le respondí que solo admiraba la belleza de las Rocosas canadienses y su rostro se iluminó.

Entonces, comenzamos a conversar y pronto descubrimos que teníamos más en común de lo que imaginábamos. Ambas éramos viajeras, amábamos la montaña, disfrutábamos de la soledad elegida y creíamos que aún teníamos mucho por hacer en la vida. Me contagió su energía y sus ganas de seguir explorando; su

historia me inspiró más que la bella estampa que tenía ante mí.

Al regresar a casa, le conté a mi madre el encuentro, deseando que también la animara a pensar que nunca es tarde para cumplir sus sueños. Reímos con ternura al recordar la forma en la que se presentó.

—Me llamo Beverly, con B. Sí, como Beverly Hills. *Hill* significa ‘colina’. Así no olvidarás mi nombre.

—Descuida —le respondí—, no te olvidaré.

Y sonrió, satisfecha, sabiendo que decía la verdad.

LA VIDA Y TODO LO DEMÁS

Francisco Javier Tarín Romero

Ya no era la misma persona que comenzó aquel viaje. Mi cuerpo regresaba a casa, pero yo no. Veinte minutos para aterrizar y algo dentro de mí no quería volver a la rutina de siempre. En los meses que estuve en aquel país nunca me sentí deprimida, no tenía tiempo. Siempre había algo urgente que solucionar. El hospital donde era voluntaria me enseñó que la vida es algo muy físico también. Físico en primera instancia y después ya viene todo lo demás: las elucubraciones mentales que cada uno teje y desteje a su manera. Ese mundo enmarañado donde nos enjaulamos por propia voluntad, aun sabiendo que acabará por destruirnos lentamente, sin reparo.

Una niña murió en mis brazos. Qué quieren que les diga, no llegó a tiempo su médico. No existen palabras para describir lo que sentí en aquellos momentos. Mi mundo se borró de repente y solo existía ella. Ella, ese cuerpecito inerte que pocos minutos antes todavía me pudo regalar una sonrisa de agradecimiento y fuerza.

No tenía miedo a la muerte, tenía miedo a la vida...

Al volver a casa supe que mi propia hija había sufrido un aparatoso accidente de tráfico y estuvo a punto de morir desangrada. Tuvo suerte: un médico que caminaba por el lugar la atendió rápidamente y pudo detener la hemorragia.

Sé que nunca dejaré de pensar en la otra niña que no pudo salvarse por nacer en un lugar donde la vida vale muy poco, apenas nada. Pero no puedo ocultárselo, me sentí muy afortunada. No podía evitarlo. Resulta infame y hasta vergonzoso; quise pensar que aquella niña era mi hija también e imaginé que había logrado salvarse, aferrándose a la vida en los últimos momentos, aunque yo no estaba allí para disfrutar de su sonrisa.

LA VUELTA

Lourdes Mondéjar Rondón

Despierto y recuerdo nítido un breve sueño: «Ha llegado el momento de mi vuelta».

Me sumerjo de nuevo en él para recuperarlo, mas es inútil. Un torbellino de imágenes y deseos me espabila. Quisiera de nuevo atravesar la plaza, mojarme en la fuente. Recuerdo la pastelería, el *hammam*, el olor del pan caliente del horno de leña, el sabor de las naranjas y los dátiles, los sonidos de la armónica del afilador, las campanadas del aguador y la chiquillería saliendo del cine.

Con este deseo de volver me surge el recelo, un dolor, un miedo. Deshacer el camino del éxodo no es una travesía de vuelta cualquiera, como la antigua moviola que permitía rebobinar. Mis imágenes no son más que una película en negativo por imprimir en el papel, que no puede permanecer sumergido en el líquido de revelar por mucho tiempo. En el cuarto oscuro lo sabíamos, que se velaría la imagen de esa mujer madura con el brillo a contraluz de su cabello.

Por eso, sin demora, he de emprender el regreso, aunque la realidad sea otra sin verla todavía. Contigo aprendí que el deseo es voluntad y que esta mueve montañas y salva los obstáculos más inalcanzables, dolor incluido. Hoy sé, porque el eterno retorno es una

quimera y la fe es distinta a la verdad, que los tiempos transgreden los deseos.

¿Dónde están las gallinas, la pelota, las bicicletas? He visto imágenes de los niños con los mocos y las lágrimas, sus barrigas vacías y las moscas que sí tienen que comer. Volveré, aunque no me esperen más que los muertos en los túmulos de escombros de mi casa.

Esto no es un sueño o una película, es un dolor profundo, una elegía. *No hay extensión más grande que la herida.*

LOS PILARES DEL DESIERTO

Raquel Valle

¿Y si no vuelvo? ¿Y si no vuelvo a mí? ¿Y si no vuelvo a casa? Todos esos «Isis» quedaron encerrados en las pirámides de Egipto cuando decidí habitarme.

Entre jeroglíficos descifré un camino que no había escrito, pero sí había seguido hasta ahora.

Durante el trayecto de vuelta anhelé regresar allí, a donde ya no pertenecía, viviendo enamorada de un recuerdo, pero también de todo aquello que echaba de menos y que ya no existe.

Volteo a mirar tiempos pasados, que no necesariamente fueron mejores y, a partir de ese momento, arrojo luz dentro de la pirámide. Esta vez, el «y si» lo conjugo en un pretérito positivo.

¿Y si lo que está por venir es mejor de lo que se fue?

Ahora, la única persona que dirige mi vida soy yo; soy el piloto cuando decido subirme a un avión. Quizás esta vez el aterrizaje no sea forzoso, pero si lo es, estoy preparada para prevenirlo con un buen *crosscheck* y un salvavidas que yo misma he tejido a mano.

El retorno no solo es un camino que viene de fuera, también se dirige hacia dentro. En este nuevo viaje solo espero no perderme a mí misma y que en este mundo de estaciones el regreso sea mi nuevo destino.

MADRID TIENE UN COLOR ESPECIAL

Macarena Rodríguez Marante

«Madrid tiene un color especial», pensaba cada mañana al despertarme en la ciudad que nunca duerme. La sentía inmensa y me convencía de que en un lugar así la rutina no te puede pasar factura. Todo lo que anhelaba parecía encontrarse allí, a excepción del mar. Entonces fue cuando me di cuenta de que mi sueño se podía hacer realidad en la gran capital.

El 20 de diciembre pasaba por la calle Libreros y observé que una librería antigua había cerrado sus puertas. Me imaginé que el motivo del cierre sería la muerte o jubilación del dueño. Ahora solo necesitaba otro golpe de suerte, pues deseaba fuertemente poder comprarla, ya que me abriría las puertas como filóloga y futura escritora. La mañana del 22 de diciembre me desperté muy temprano, como todos los años. Rápidamente me vestí y salí a disfrutar del día con la ilusión de una niña, porque deseaba que mi décimo de lotería saliera premiado, pues yo compraba uno todos los años por esa época, ya que era una costumbre familiar. Además, el solo hecho de pensar que podría presentar mi primer libro de relatos en mi propia librería era excitante.

Repentinamente, suena el despertador y me doy cuenta de que todo ha sido una breve fantasía: aquel año había decidido no participar en el sorteo porque

no andaba muy boyante. Ante el frío de diciembre, me visto sin prisa y salgo a caminar entre el murmullo de la ciudad, con el fin de observar cómo celebran los afortunados ese año e intento contagiarme de su alegría. A propósito, quiero seguir alimentando esa ficción que es la vida de alguna manera. Así que entré en el teatro a ver *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca.

MAGIA

Alicia Esther Rodríguez González

Allí permanecían, en el baúl de madera de cedro, apilados uno encima de otro, ocultos entre fotografías y cientos de cartas. Los reconocí de inmediato. ¿Cómo no iba a reconocer aquellas miradas que se perdían en el espesor del bosque y traspasaban el tiempo en un zeptosegundo? ¿Cómo olvidar la hermosura de aquellos seres eternos plasmados en sus portadas?

A pesar de los años transcurridos, los diarios se mantenían indemnes. El primero me lo había regalado mamá la noche antes de marchar a Alemania. Me explicó que tenía que partir a un lugar mágico, pero que si escribía aquello que me ocurría, estaríamos cerca. La abuela lo enviaría.

—Nuestro amor es inmortal, como Galadriel —dijo, mientras con las yemas de sus dedos tocaba las puntitas de mis orejas.

Diariamente, a la caída del sol y acompañada por la abuela, caminaba por la veredita de piedras que accedía a los charcos que se ubicaban cerca de la casa. Allí nos sentábamos en una roca, al borde del agua. Tata observaba el mar para apaciguar su espíritu mientras yo desarropaba mi alma.

Una vez al mes, la abuela andaba hasta el pueblo. Recogía las cartas y aparecía con una nueva versión de Galadriel.

Pasaron los años y fui a la Universidad. Estudiaba Medicina. En mi maleta: sueños, miedos... y mi elfina preferida, que me llevaría algún día a su reino para buscar a mamá.

La primera Navidad que regresé a casa fue terrible.

—Ha viajado hacia Aman, tierras imperecederas —
espetó la abuela a bocajarro.

Las palabras se quebraban en su garganta. Así me enteré del trágico accidente en Alemania.

Hace un mes viajé a Frankfurt con mis diarios. Se los leía cada atardecer. Quedaron depositados en su lápida. Fue una odisea reconfortante hacia el pasado. El regreso, sanador, *in aeternum*.

MI PADRE

Imelda Bencomo Hernández

*Voy caminando por la vida sin pausa, pero sin prisa...**. Esa canción resuena en mi cabeza mientras circulo por una carretera secundaria en el viejo coche de mi padre. Conduzco despacio, observando el paisaje mientras siento el viento en la cara.

Llevo un mes recorriendo diferentes puntos del país, casi todos pequeños pueblos tranquilos y aislados, pero también algunas ciudades que tenían algo importante que mostrar. He seguido la lista, esa que había hecho con mi padre de los lugares que nos gustaría visitar.

Recordarlo me estremece. Era la única familia que me quedaba y se fue en un suspiro. Antes de morir me hizo prometer que iría a esos lugares de la lista, y eso es lo que he hecho. En cada uno de esos pueblos o ciudades lo he sentido a mi lado, disfrutando de las cosas que cada lugar nos ofrecía, en calma, sin pausa pero sin prisas, como dice la canción de Melendi.

No he olvidado cómo pasamos sus últimos días, sentados en el jardín, sintiendo el sol en la cara, con música de fondo. Melendi era uno de sus cantantes preferidos. En este viaje lo he escuchado mientras iba de un sitio para otro, lo que producía la falsa sensación de que él también lo oía a mi lado.

Ahora toca la peor parte, aquello que he intentado retrasar al máximo: el regreso. Tengo que volver a casa. Esa casa vacía y, al mismo tiempo, llena de recuerdos. No sé si voy a poder soportarlo. Volver a la rutina, a una vida donde él ya no está, en la que ya no tengo nadie en quien apoyarme, a quien contarle mis alegrías y mis penas, con quien planificar nuevos viajes. Él ya no estará.

* *Caminando por la vida*, Melendi

MIGRAR

Alexis Vella González

La tierra no se olvida si algo se hace para recordarla. Tal vez volver a casa sea el mayor gesto de amor, más aún tras un periplo tan largo. Más aún cuando quienes, quizás, jamás pudieron regresar. Más aún, incluso, por los que agonizaron intentándolo. Piensan que partir es morir un poco. Y yo lo sé. Mi padre y mi abuelo también lo saben. Acaso por eso, como se ha contado alguna vez, los que se van nunca regresan siendo los mismos. Pero qué bueno que esa diferencia acabe convirtiéndote en uno mismo, aunque el precio por ello sea emigrar con el corazón partido.

Pero llegará el día en que la luna confiese que nunca se movió de su sitio. Puede ser que tú no lo llegues a saber, pero tu hija o tu nieto sí. Volverán por el mismo camino que tomaste para partir. Esos árboles, que abundan por todo el camino, lo saben todo de ti, de tu madre y de tu vecino. Recogieron los sueños que dejaste para alimentar a los infelices que quedaron atrapados. Ellos lo hicieron por ti. Entendieron que nunca se regresa igual, y eso también está bien.

Y es ahí, en ese pequeño instante, cuando aquel que algún día marchó para volver regrese, pese a que su alma, ahora, porte alguna de sus consecuencias. Esos a quienes contaste el significado de dejar atrás tus huellas. Esos que, algún día, comprenderán el valor de

abandonar a tu familia. O esos —y qué bien que lo sepan esos— que llegarán a entender lo que supone la melancolía. Pero volverán a casa o, mejor dicho, a tu casa. La que construiste mientras pintabas con un boli en un mapa. Ellos cerrarán por ti la puerta de casa. Esta vez, para no irse. Gracias.

MIS VIAJES

María Mercedes Hernández García

Recuerdo mi primer viaje; tenía trece años. Allá por el 73, como viaje de fin de curso. ¡Qué ilusión, subirme a un barco!

Lo que no consigan las monjas...

—Doña María, no se preocupe, van las dos.

—¡Madre Carmen, que no me llega ni para la comida!

—Le digo que donde caben veinte caben veintidós.

La Virgen de las Nieves, Los Cancajos, Los Llanos de Aridane... Los chicos palmeros guapísimos, ja, ja, ja. Y el vestido de lunares de Carmen Julia que me prestó un día.

Para el segundo viaje transcurrieron diez años; fui a Fuerteventura. Y el siguiente, a Madeira, de luna de miel.

Más tarde viajamos al resto de mis preciosas Islas Canarias.

Al ir creciendo mis hijas, ya nos atrevimos con otras regiones de la Península y Europa. Ya todo se andará, porque me quedan tantos sitios por disfrutar...

Hablando con gente de mi generación, tampoco es que me pueda quejar...

Al regreso de cada viaje, lo primero, era ir a contarle cada anécdota y todos los pormenores acaecidos a mi

madre: «Mami, lo que más me gusta de cada viaje es regresar. Volver a casa».

Quizá el viaje más duro ha sido «al interior». Surgió por casualidad, cuando me invitaron a unas jornadas de meditación. Y así, sin planearlo ni pensarlo, descubrí el tesoro más grande. El lugar donde más placer, gozo, paz, alegría, expansión y serenidad experimenté.

Al lugar mágico al que siempre quiero regresar. Y aunque el ego me pone zancadillas, tipo: «tienes muchas cosas que hacer», «no te va a dar tiempo»... Si ya descubriste el camino, no importa el momento ni donde estés. Sabes que conoces el lugar y está ¡TAN CERCA!

NINGÚN LUGAR SE SIENTE HOGAR

Sofía Méndez Meza

Siempre pensé que el viaje sería una línea recta: ir, conocer, regresar. Pero la verdad es que una vez te vas esa línea se rompe.

Una nueva ciudad me recibió con calles que aún no había descubierto y un idioma que mi lengua todavía no sabía pronunciar correctamente. Caminaba por las aceras tratando de recordar cómo sonaba mi voz antes de adaptarse. Comprendí que tenía que sonreír siempre, decir «estoy bien», aunque la soledad doliera más que la distancia.

Después volví.

El mismo reloj marcando las mismas horas, el mismo aroma de la comida de mi abuela perfumaba toda la casa, pero algo en mí ya no encajaba. Los lugares que amaba no se sentían igual, como si yo ya no perteneciera allí.

Hay quienes regresan con recuerdos; yo regresé con fragmentos de mí repartidos entre aeropuertos y despedidas.

A veces pienso que el regreso al hogar no es un lugar al que volver, sino una versión de mí llena de recuerdos y anécdotas que no volverán, memorias pasadas que ya no se repetirán.

Sin embargo, sigo buscando.

Entre equipajes y voces que van cambiando de acento, sigo buscando ese lugar que me reciba con los brazos abiertos y diga: *bienvenida, esta vez te puedes quedar.*

NO ES VERDAD

Elena Judith Hernández Yanes

«Ya he estado aquí», es lo primero que pienso nada más pisar esta tierra seca. El viento me enreda el pelo y el olor del océano me recuerda profundamente a casa.

Siento que una herida se abre. Sin embargo, aquí todos sonríen como si ese gesto no saliera de la boca, sino del alma.

Oigo historias de humanos vendidos, de mujeres violentadas, de niños tratados como ganado. Aún vive la impotencia entre las partículas de este aire. Estoy en el lugar donde la libertad se llama «Secuestro» y su apellido es «Occidente», pero no veo ninguna cabeza baja.

En este trozo de universo jugaron a ser dioses: convirtieron a personas en animales, arrancaron el derecho de crecer sobre las propias raíces, fragmentaron a familias enteras en distintos continentes.

Revivo la vergüenza, las marcas del yugo en los huesos, la sangre derramada sobre el salitre. «¿Por qué me siento más de aquí que de allá?».

Vuelvo a mirar al mismo océano, esta vez de regreso, en casa. «Fue hace siglos», me excuso. Pero enseguida caigo en la cuenta de que no es verdad. Me retumba el eco de las voces que aún sobreviven cruzando el desierto, de los llantos de bebés mecidos por las olas

del Atlántico, de las palabras de odio al negro brillante de su piel.

La esclavitud no ha desaparecido. Solo ha cambiado de forma.

OBLIGADOS POR EL DESTINO

Mansi Ramnani Devnani

Desde el segundo en que nací, he estado soñando con mi muerte: el día exacto, la hora y el lugar exactos. A medida que pasa el tiempo, siento que estoy envejeciendo y más miedo comienzo a tener. En una estación ferroviaria los trenes empiezan a descarrilarse; en un paso de peatones, los coches comienzan a no detenerse ante mi espera para cruzar; en una situación de susto, siento mi corazón pararse o, en una situación de miedo, mi corazón latir lo más rápido posible. Posteriormente el miedo invade completamente mi cuerpo.

Es como si el mismo miedo me hubiera estado persiguiendo toda la vida, pero ya estoy harto, harto de huir de aquel miedo, harto de huir de mí mismo, así que decidí parar y disfrutar de lo que me queda de vida. Hoy me acerqué al parque, me detuve, miré hacia un banco y decidí sentarme en él. Un niño se me acercó y me preguntó: «¿Eres tú quien ha estado soñando conmigo?». Han pasado años desde la muerte de mi abuela, quien me dejó una frase clavada en el pecho: «Lo que tiene que pasar pasará sí o sí, te guste o no, estés de acuerdo o no». Todos empezamos con el viaje de conocernos a nosotros mismos y regresamos gracias al destino. El destino te obliga a partir de un lugar para realizar ese viaje y el regreso también es inevitable por el destino.

PARA SIEMPRE

Marilú Rondón Castro

Dijeron que salió de prisa con su maleta en la mano. Sin mirar atrás ni un instante, se fue alejando a medida que iba cruzando caminos; había llegado de improviso de su largo viaje.

Laura bajó la mirada sin saber qué hacer o decir y todos los presentes se miraron unos a otros con asombro. Semblantes de incredulidad y mutismo lo recibieron. Inmóvil, sin franquear la puerta, maleta en mano, traje arrugado y rostro desencajado ante la sala abarrotada de familia y vecinos, preguntó en silencio lo que no podía pronunciar en voz alta. Las conjeturas flotaban en el aire y las explicaciones invisibles salían de los ojos de los invitados. Herida ya por el aguijón del arrepentimiento, Laura, mal disimulada, dio media vuelta y, de espaldas, enjugó sus lágrimas. Ella quería justificarse diciéndole que sus cartas dejaron de llegar. Él, con la ilusión rota, quería explicar que, afanado, preparaba su regreso. No hubo diálogo; por el contrario, ambos quedaron sumidos en una mudez desolada al darse cuenta de que la situación no se podía remediar.

Su madre, al entregarle el ramo de alelí, le dio un abrazo y unas palmadas en la espalda.

Salió la comitiva en silencio. Con caras serias acompañaron a la novia que, enmudecida, esbozó una forza-

da sonrisa al novio que la esperaba en la iglesia, mientras Antonio se alejaba a pasos agigantados.

Aquel acontecimiento truncado en despedida definitiva dejó una huella en el pueblo. Por mucho tiempo, todos los que lo presenciaron sintieron como suya la derrota de aquel regreso.

Según cuentan, ella no tuvo una vida feliz y él se fue a otras tierras. Las dos lápidas, una al lado de la otra, dan cuenta hoy de que al final Antonio regresó para quedarse junto a Laura para siempre.

REGRESO

Estefanía Guerra Rodríguez

Todos regresamos: al origen, al hogar, a un recuerdo, a un olor, a unos brazos o a nosotros mismos. Hay regresos invisibles, esos que ocurren dentro del alma, cuando algo nos llama desde el silencio y nos invita a recordar quiénes somos, a volver a creer, a soñar, a sentir. Aquello a lo que se regresa nunca permanece intacto; el tiempo lo transforma todo —calles, paisajes, rostros—, convirtiendo el regreso en un acto de descubrimiento y de memoria.

Hay regresos que son alivio y otros que son herida. A veces cierran ciclos; otras, nos reencuentran con los propios fantasmas. Regresar no siempre es volver atrás: también es avanzar, reconciliar el presente con lo que fuimos, tender un puente entre lo que ya no somos y lo que aún estamos por ser. Es un viaje entre el pasado y el presente, sostenido por la dulce promesa de un futuro.

Estos regresos no tienen fecha ni distancia. A veces ocurren en silencio, en mitad de una canción, de un olor que despierta la infancia o de una voz que creíamos olvidada. Son momentos en que la vida nos invita a mirar atrás sin miedo, a abrazar lo que fuimos y agradecer lo que somos. Regresar también es perdonarse, comprender que cada paso nos llevó hasta este destino.

El camino de regreso nunca es igual al de partida; en él habita la certeza de pertenencia, la serenidad de saber que no todo se pierde. Pero volver no siempre significa quedarse: a veces es solo una pausa, un respiro para seguir el viaje.

El regreso se convierte en un puente que une el ayer con el ahora, el recuerdo con la esperanza. Y mientras existan lugares, personas o emociones a las que queramos volver, siempre habrá en nosotros un deseo silencioso de regresar.

REGRESO DE UN MUNDO OSCURO

Juan Diego Garcés Hernández

No sé por qué decidí hacer este viaje a la tristeza más oscura. No sabía lo que me esperaba. Cuando sentí que las cosas y personas de mi vida perdían sentido, experimenté una gran desazón; estaba perdido en un mundo gris, roto, donde soplaban un viento frío que helaba mis huesos y congelaba mis músculos. Siempre era de noche. Oía voces lejanas que me llamaban y me echaban de menos. No tenía ganas de hacer nada. Solo quería cerrar los ojos y dormir eternamente. Los pensamientos más lúgubres poblaban mi mente de fantasmas terribles. ¿Qué hacía yo en este escenario tan triste y oscuro?

De pronto, algo dentro de mí me impulsó y encendió una llama de pequeña esperanza. Tenía que hacer un esfuerzo titánico para subir a la superficie, abandonar el averno y regresar a mi mundo primigenio, a la vida luminosa con mis cosas y mi gente. No sé bien cómo lo logré, pero, poco a poco, y confiando en mí y queriéndome más, fui escalando la montaña de una recuperación difícil, pero paulatina. Cada día todo se iluminaba despacio, pero sin pausa, hasta que fui volviendo a mi primitivo estado de cordura, a la vida cotidiana, como si fuera un zombi que empieza a dejar de serlo. Recobraba las energías anteriores y volvía a percibir un montón de posibilidades que antes se me ha-

bían ocultado por una deidad malévola. Mi regreso a la familia y a los amigos fue una transición de un espacio oscuro a uno luminoso. Me habían estado esperando mucho tiempo, cual Penélope a Ulises, y no habían perdido la esperanza. Ahora volvía a ser yo de nuevo. Atrás dejaba una espantosa depresión de la que nunca pensé salir vivo y sano.

REGRESO INEXPLICABLE

Kimberly Nadine Pérez Trilck

Sola o solo... Nadie quiere estarlo. Incluso los seres más unidos no lo desean. Sentimientos y emociones afloran cuando alguien dice quererlo hasta no perderlo. Esto realmente no se explica a menos que se unan para siempre, pero...

¿Esta unión perpetua es lo que nos hace regresar? ¿O es una soledad incontrolable la que nos invade? La respuesta no es simple, pero tampoco la hay, a menos que se lo pidamos a esa persona querida. Sin embargo, aquí no hablo de la soledad, sino del hecho de irse sin estar seguros de si vuelve o de si se quedan donde están, a espaldas de la otra persona.

Esa sensación siempre está, seas quien seas. Quieras o no quieras. Esto puede no verse mucho, pero se nota la ausencia y, lógicamente, muchos anhelan un regreso o, al menos, estar cerca de esa persona de nuevo.

¿Sientes esa sensación? ¿Sientes ese regreso sin explicación? Si es así, esto es para ti: saber que el regreso es un vacío lleno de explicaciones sin entender su motivo. Mas yo te doy esa explicación tan difícil de aceptar, porque aceptar es lo que hace que el regreso sea verdaderamente inexplicable.

Y sin más, esto no es un regreso, sino un proceso vital que todos pasamos o pasaremos y, sin embargo, seguiremos aquí, estemos donde estemos, quieras o

no. Siempre hay un lugar al que se puede regresar: el corazón y los recuerdos de lo que más anhelamos.

Pero no olvides a quien quieres ni tampoco te sientas solo, porque nunca lo estás, a pesar de las distancias que pueda haber, porque el regreso está dentro de ti.

Viaja, entonces, hacia adentro de tu corazón y encuentra ese recuerdo al que quieras regresar.

Estaré contigo y siempre regresaré en tus recuerdos.

RETORNO A MÍ

Dayami Casilla Rodríguez

He vagado por las líneas de un amor incomprendido demasiado tiempo. De lágrimas están repletos mis ríos. Y el corazón yace encogido por tu ausencia. Idas y venidas descontroladas, con un silencioso fantasma perpetuo. Te toco, pero no te tengo. Te miro, pero no me ves. Eso duele, duele por dentro. Me destroza sin razón, me somete sin compasión. Por eso debe parar; te dejo ir... para poder avanzar.

Hubiera dado todo lo que tenía por ti. Incluso lo que soy y lo que pienso, por un poquito de tu tiempo. Lo cambiaría todo, hasta mi nombre, si con eso te contentara. Solo por ti lucharía sin cesar. Renunciaría al cielo por un puesto en el infierno solo si con eso te liberara del pesar. Me quedaría en las sombras para dejarte a ti el sol.

Pero... nada es suficiente; no puedo cambiar los sentimientos. Ni entrar en tu mente ni robarte el corazón. El amor no se puede suplicar, no se exige ni se vende. Tiene que surgir y germinar como una flor. Quizás en otra vida, en otro momento u otra dimensión, seamos el uno para el otro, como lo he soñado.

Te amo; siempre te amaré...

Pero renuncio a ti para volver a mí. Me niego a seguir ocupando el lugar de un felpudo cualquiera. He vivido un sinvivir contigo... pero sin ti, entre las miga-

jas de un amor no correspondido, sin respeto ni consideración. Y, aunque una parte de mí morirá, se irá con este vacío, debo terminar con este viaje existencial de amores baldíos. Retorno a mí, recupero el ser junto a la dignidad y te dejo marchar con total libertad. Seguiremos conectados en el mundo espiritual; te querré desde el silencio, viviendo sin mirar atrás.

UNA TIERRA A LA QUE VOLVER

Neftalí Díaz Luis

Me desterraron porque se me ocurrió sentir, pensar, decir que amaba diferente. Me arrancaron el cordón umbilical que me unía a todo, me quitaron lo que creía que era mío de una sonora bofetada y me obligaron a esconderme en una árida tierra de un color que ya no recuerdo. Más que un destierro, fue un entierro. Un entierro sin caja ni flores ni dolientes, solo mi cuerpo y mi propio llanto.

Años más tarde, cuando pude volver, después de velado el cadáver y superado el largo duelo, no sabía adónde había vuelto. El lugar que en mi infancia había sido mi «casita», la pared de «por mí y por todos mis amigos», el hogar de «mami, me duele la barriga», era ahora un sitio hostil, una iglesia lúgubre, un patio abandonado, una calle de profundos socavones. Ya no había tierra a la que volver.

Me di la vuelta y caminé a otro lugar, y luego a otro y luego a otro, buscando tal vez encontrar algo parecido a lo que me habían robado, pero no, no: aquel lugar ya no existía ni existiría nunca más.

Pero como no hay nadie que pueda ni quiera vivir como apátrida, comencé a construirme yo mismo una nueva tierra. Estaba hecha de girones de la antigua, de nuevos recuerdos y emociones de las de en medio y de muchas cosas nuevas que me iba encontrando por el

camino. Un lugar amable para volver si un día tenía que irme lejos. Un hogar con una familia que me recibiese con un fuerte abrazo, pasase lo que pasase, y me convirtiera en lo que me convirtiese. Una casa con una luz encendida, una puerta abierta y una madre sonriente.

VERICUETOS

Carmen Rosa González Martín

Una casona encantada, en medio de fanegadas de plataneras, fue la donación de un antiguo marquesado venido a menos que, como única condición, solicitaba que se convirtiera en residencia para ancianos canarios emigrados que deseaban volver a su tierra y cuyas condiciones económicas o de salud no se lo permitieran.

La habitación del fondo del asilo era la más amplia. Una estancia llena de luz, con antiguos ventanales por donde se colaba el sonido de los pájaros y del mar cuando bramaba desde la costa. Estaba reservada para los ancianos que ya no se podían comunicar y estaban próximos al óbito. Las enfermeras sabían que, por una extraña razón, según eran trasladados, su rostro se suavizaba y el rictus de dolores y sufrimientos desaparecía de su cara. Cuando finalmente tomaban el camino inexorable de su tránsito por esta vida, llevaban una faz serena y relajada.

A Teresa, una de las limpiadoras, le causaba grima siquiera acercarse por fuera de la puerta de «la última parada», como habían bautizado aquel cuarto.

Su miedo no era del todo irracional. En algún turno de noche, desde el pasillo, vio cómo algunos ancianos que conservaban la capacidad de caminar deambulaban en silencio hasta aquella habitación, permanecían unos minutos y luego volvían como espectros ligeros a

sus dormitorios. Alguno empujaba su silla de ruedas hasta el aposento y luego volvía con aire jovial a su cama. En un acto de valentía, la curiosidad ganó al miedo y se acercó temblorosa para traspasar el umbral. Los que aún permanecían allí abrazaban y besaban el aire, daban patadas a balones imaginarios y bailaban en corro sin rastro de artritis. Regresaban por unos instantes a su infancia, portal del tiempo de una época feliz junto a sus padres y hermanos antes de partir.

VIAJE INTERIOR

Flora Sánchez Rodríguez

Me recibió un hombre joven; llevaba la típica chilaba y una barba raída. Olía a zumaque (especia usada para curtir pieles), a colonia Floïd, canela y sudor.

El camino desde el aeropuerto me presentaba un escenario turbio: viento, polvo..., no había vegetación, solo tierra marrón, reseca y sedienta de los escasos rocíos del alba. Aun así, me reconfortaba. A lo lejos, el canto del imán animaba nuestra conversación, mantenida en el dialecto local que, gracias al origen de mi madre, aprendí en la niñez. Ahora las palabras admirablemente fluían.

El muchacho me hablaba de las pasadas lluvias que aunque no habían calado los campos ni llenado los ríos, celebraba las cuatro gotas que habían caído: *¡Mubarak almatar!* («¡Bendita sea la lluvia!»). ¡Qué grandeza hay en la suficiencia de un alma agradecida!, pensé.

La casita en donde me alojé era de cal y adobe. No tenía electricidad ni agua corriente; el aseo consistía en una palangana, un espejo roto y un agujero en el suelo. Pero descubrí que la escasa lluvia se almacenaba en un aljibe estratégicamente adosado a las paredes y que el pueblecito obtenía su agua de *khettaras*.

Las callejuelas y las escaleras, hechas a golpe de *mizra* (azada) y *shiyad* (pala), me conducían a barrios humildísimos, con gentes dotadas de un porte impresio-

nantemente regio, mujeres con delicadas poses de cuello, acomodaban su hiyab y retocaban los misteriosos símbolos tatuados en rostro y manos. *Kif halek? Salam!* —todas me saludaban y, tímidas, sonreían. El olor a especias, las voces de los ancianos, los cantares de las madres al atardecer, el sonido de los rebaños, la pequeña mezquita, los zocos minúsculos... todo me sedujo con tal fuerza... ¡mi sitio!

Ahora soy casi una de ellos. ¿Regresar? ¡No... no!, aún no es el momento de volver.

VIAJE SIN EQUIPAJE

María Sonsoles de Haro Brito

Me desperté aquella noche de julio con el estruendo de cañones en mis oídos. Eran las dos de la mañana y vi que mi marido despertaba a nuestros cuatro hijos y los envolvía en unas mantas viejas con las que cada noche nos tapábamos, pero que con el calor del verano guardábamos en un rincón. «Date prisa, sal con los niños hacia el templo Preah Vihear, donde verás un camión de la policía». Salimos con lo puesto; cogí al pequeño de once meses en brazos y los otros tres corrían descalzos. Afuera, una hilera de soldados nos dirigía hacia el vehículo que nos salvaría la vida.

Una vez allí, reconocí algunas caras a la luz de la luna, esa luna que nos guiaría hasta la ciudad de Siem Reap y a donde llegaríamos seis horas más tarde. La pagoda Wat Damnak y tres monjes jóvenes nos esperaban mientras desfilábamos cual soldados para dar nuestros nombres. Un señor de marrón, que después supe que era gobernador de la ciudad, nos comunicó que dormiríamos allí esa noche. Pregunté por mi marido y el resto de los hombres. Según dijeron, se habían quedado para cuidar al ganado y los cultivos o para, si fuera necesario, ser escudos en la frontera entre mi país, Camboya, y la vecina Tailandia.

A mi lado, la mirada de una madre joven con su bebé hambriento en brazos. Un poco más allá, mi veci-

na ciega de noventa años lloraba en soledad. Y yo, pensando en cuánto iba a durar aquella pesadilla, cuándo podría regresar a mi casa y si acaso encontraría sus restos. Lo que sí sabía es que jamás regresaría a mi templo, Preah Vihear, puesto que acababa de ser destruido por un misil BM-21. Ahora tocaba vivir. Después, tocaría volver.

VOLVER. EL SINHOGARISMO EN CASA

Sara García Cardona

Volver. Sentir mi esencia en una almohada desconocida y en una habitación que ya no es refugio.

Vuelvo. Mi hogar colapsa, los escombros se apilan y una nube de polvo se estanca delante del televisor en el que veo ruido y oigo marrón. Siento la atemporalidad de una casa ahora ajena. Sentada en el sillón, acaricio paredes quísticas, contemplo recuerdos ásperos en gotelé. Recorro patrones en los azulejos quebrados que me vieron crecer y me pierdo en el aroma de un potaje que no alimenta, que, insípido, sazono con mis lágrimas. Aturdida. Me siento apaleada. Me deshago en el alisio, que me mece e invita a huir y a dejar de ser aquí.

Vuelvo a ser la niña triste y miedosa que aprendió a maquillarse con una sonrisa y a vestirse de felicidad. Décadas de un espectáculo juglaresco agotador y enfermizo. Años en los que la identidad quedó sepultada bajo la necesidad de ser aceptada.

Acostada en un colchón adulto que añora ser joven, me arropo con la tranquilidad de que el regreso a mí es la respuesta.

Vuelvo para abrazar las pesadillas del pasado, para sentarme a hablar con ellas. Vuelvo para desmaquillarme y desvestirme.

Volver a ser. Desnudarme. Recordar que la esencia del viaje es el aprendizaje que abrazo a la vuelta.

Y ESPERABA

Mariana Rodríguez Rivero

Y esperaba cada día el sonido metálico, el crujido de aquel buzón al abrir y cerrarse o un sobre lejano con sello de alguna parte, atravesando la rendija de la puerta. Entre postal y postal, a veces aparecía él, sin postales, y contaba a viva voz, una a una, sus experiencias, lugares nuevos, personas que se cruzaron en el camino. Al escucharlo, viajaba durante horas sentada a su lado, junto al balcón. Allí nos sentábamos durante horas; escuchaba ciudades nuevas, olores desconocidos, viajaba con sus palabras, sentada a su lado.

Un día dejaron de aparecer postales y visitas... pasaron meses, años. Recuerdo aquella tarde, casi dormida, viendo la película de Superman, cuando sonó el timbre y era él, con su mochila a cuestas. Su ropa y abrazos olían a tiempo, musgo y aventura, sí era él, mi superhéroe de aventuras, de regreso a contar historias, lugares nuevos y personas que se cruzaron en el camino.



ORGANIZA



AYUNTAMIENTO DE
PUERTO DE LA CRUZ



CELEBRANDO
PERI
PLO



CULTURA
PUERTO DE LA CRUZ

PROMUEVE



AYUNTAMIENTO DE
JORITO



Gobierno
de Canarias

COLABORA



CASA ÁFRICA



AYUNTAMIENTO DE
JORITO



AYUNTAMIENTO DE
JORITO



AYUNTAMIENTO DE
JORITO

ŠKODA



AYUNTAMIENTO DE
JORITO



AYUNTAMIENTO DE
JORITO



AYUNTAMIENTO DE
JORITO

MACARONESIAN